

Llosa, *La otra raya del tigre* de Gómez Valderrama y *La nieve del almirante* de Álvaro Mutis, sin olvidar nunca al primero y mejor: *El corazón de las tinieblas* de Conrad, lo que surge es un avasallador y rapaz héroe negativo. Un oscuro explotador europeo, nacido en Alemania, de padre escocés y educado en Inglaterra, que edifica en medio de la selva, y como antes pasó con el caucho, un imperio. Un delirante imperio geométrico, el Emporio Hexagonal, donde todo —tierras, funcionarios, coitos— será seis o múltiplo de seis.



Pero lo sugestivo es cómo tal distracción burlona para superar el tedio de un viaje por río y sus ya previsibles encuentros con las comunidades tópicas —cooperativas de madres que cosen, agrupaciones supérstites de indígenas disfrazados con fines turístico-ecológico— se ahonda a través de la remembranza literaria: “Yo hubiera deseado esquivar la humedad y deshacerme del calor infernal, pero sabía que eso no era posible. Sólo me consolaba pensando que en la literatura, que de todo nos salva, el mítico asillero de Santa María tenía peores condiciones” (pág. 38).

Puertos desahuciados. Atolondradas comunidades de monjas. Funcionarios venales. Todo aquello que con tanta gracia supo satirizar Evelyn Waugh en una África depauperada, aquí se repite y se mediocriza aún más, en ese sopor letárgico con que cualquier consejo comunitario concede dos minutos a todos los presentes para decir su verdad, y nadie concreta resultados. Donde todos, caciques

y alcaldes, líderes y funcionarios, se hacen notar para escabullirse mejor y no afrontar responsabilidad alguna.

Pero este libro no es un libro de crítica y denuncia, aun cuando cada línea lo hace.

Es una novela hecha, como en la arquitectura posmoderna, con los restos de todas las novelas: la aventura en la selva, el niño humillado que se venga, la aristocracia perfunctoria que ahora vende sus títulos y alquila sus castillos para sobrevivir, las cantantes, divas y actrices que se promocionan como embajadoras de buena voluntad, al besar, aquí y allá, niños de muy diversos matices. Y también, claro está, una historia de amor sobre dos mujeres, Isabel y Elisabeth, calor y frío, que se funden en una y desaparecen. Y, para no seguir, novela de gitanos que suscitan milagros a través de mujeres blancas provenientes de tierras remotas e hiperbóreas. ¿Les suena a realismo mágico? Pues sí, éste también es puesto en solfa, en este delicioso pastiche de todos los arranques posibles. De todas las novelas imaginables entremezclándose, superponiéndose, adulterándose, y demostrándonos, una vez más, que la enumeración exhaustiva de tópicos no es conocimiento: es un artilugio para perdernos en el laberinto feliz que es la lectura. La lectura, no hay duda ya, que edifica la realidad del arbitrio caprichoso de cada cual. O como lo decía Nicolás Gómez Dávila, en uno de sus *Escolios a un texto implícito*: “La sociología protege al sociólogo de todo contacto con la realidad”. La esquizofrenia fructífera que anima a Carlos Castillo, catalán que ama a Colombia, sociólogo que escribe poesía, falso marido devoto que engaña a su mujer escondiéndose en París con el inverosímil pretexto de escribir una novela, ahora lo tenemos aquí, de cuerpo entero, pretendiendo engañarnos con la supuesta autoría de este libro.

Sólo que, como sucede con harta frecuencia, la literatura, exaltación irrisoria, fervor crítico, fue quien lo usó a él para más allá de la opacidad de su experiencia laboral mostrarnos cómo el loable propósito de redimir

pobres y aliviar conciencias extranjeras lo que de verdad produce son traviesas, paradójicas, inagotables obras de ficción.

JUAN GUSTAVO  
COBO BORDA

## Atiborre de palabrejas e incoherencias

### O sea, hypertextum

José Gabriel Baena

L. Vieco e hijas, Medellín, 2003,  
246 págs.

No hay datos del autor, ni una solapa con alguna indicación o guía. Muy bonita edición, eso sí, pero desconcertante el contenido. En la contracarátula, apartes del texto intentan dar una explicación de éste. Al parecer, es una novela armada con trozos de frases de revistas, de conversaciones, comentarios de peluquería, palabras al vuelo. Pero una vez iniciada la lectura no se sabe muy bien qué es; ¿un ejercicio literario? ¿Un experimento? ¿Regreso al dada-nada-ísmo? Intuyo que es la perorata y el delirio del personaje narrador, completamente demente.

Como si hubieran tirado un frasco lleno de palabras, signos de puntuación, mayúsculas y minúsculas, atadas a un cordel siguiendo el curso de la supuesta locura, el autor o el protagonista-relator de esta “novela” asevera:

*Toda novela debe ser o tiene que ser compacta, dura incluso críptica traducción de la Realidad, la Fuerza de esta Obra será inagotable, esta Novela apunta a la revelación de las estructuras subyacentes en la realidad visible, Todo aquel que entre a esta novela tendrá que quitarse los zapatos, meter los pies en unas zapatillas de feltro, En esta Novela no se anda,*

*Aquí se resbala, Ninguna compañía aseguradora querrá extenderle póliza a estos textos...*

El lector se dará cuenta entonces de que no se utilizan de forma usual los signos de puntuación, de que se parte de una serie extraña de premisas, que parece más una arenga adolescente que una novela que pretende ser, así mismo, la antinovela y la antiliteratura. ¿Para qué escribir, entonces, si se quiere intentar a estas alturas derrocar lo establecido a través de una supuesta estructura que no es sino piezas sueltas, tiradas al azar?

*Esta novela es un desafío al Lector y a la Crítica, Una Creación artística singular, Saquea el arsenal de la Historia del Arte y de la Escritura sin citar las fuentes que ha utilizado y lo emplea como depósito de materiales, Se trata de poner a prueba los medios textuales para hacer con ellos algo nuevo...*

Y es, en efecto, un desafío para el lector, pero como experimento no resulta del todo, pues el lector pasa de ser sujeto a víctima de un amarradizo pretencioso y bastante soso, o por lo menos incomprendible e imposible de digerir. Tampoco estoy muy segura de que sea una "creación artística" pero, eso sí, se asemeja bastante a un depósito de materiales, desordenado, caótico, ininteligible.

No es justo hacer juicios severos sobre trabajos ajenos, ante la imposibilidad de narrar el argumento, de seguir un hilo conductor o hacer un análisis estructural. Los trozos que citaré a continuación le podrán dar al lector una idea de este "ejercicio" denominado "novela" y, como en los letreros que ponen en las obras de alto riesgo en la ciudad de Bogotá, que el lector "transite bajo su propia responsabilidad":

*...Cometas como estas páginas diseñadas en un papel especialmente fuerte hecho a mano con fibra de corteza de MORAL, Superficies tensadas sobre bastidores de bambú, Páginas con alas y colas*

*remeras, Verdaderos objetos voladores no identificados, Ninguna compañía aseguradora querrá asegurar estos textos, El escritor acepta de antemano todos los riesgos, La simultaneidad de los acontecimientos se eleva al grado de principio absoluto...*



El anterior, escogido al azar, demuestra que el delirio continúa; define la obra de arte, describe su propia obra, alucina, balbucea, y sigue y sigue, no se detiene y el delirio repugna, el intento de humor produce fastidio y las aseveraciones semejan la perorata de un adolescente malcriado que intenta parecer sabio:

*Esta novela es un Libro de Artista y habla a su lector de forma directa e inmediata, Es preciso para el lector tomarse tiempo, Entrar en estructuras visuales y enhebrarlas en su pensamiento, Autorizo a la posteridad para fijar el texto de esta Novela en letras de oro sobre una Pared de Mármol negro de...*

A estas alturas ya no es gracioso en lo más mínimo; el lector que ha logrado transgredir el atiborre de palabrejas e incoherencias, creo, no tendrá la más mínima intención de alabar al autor y de hacer del texto algo memorable y capaz de ser montado en letras de oro sobre ninguna superficie. Si son palabras de narrador-desquiciado, ya no suenan creíbles. Y por si fuera poco asegura:

*Esta Novela es a la Literatura lo que el Banquete a la filosofía, Se puede producir literatura con el mismo*

*placer con que es posible comer en compañía de una o dos hermosas Señoras Pintoras Desnudas...*

En los últimos años en las artes en el país está ocurriendo un extraño fenómeno. Una especie de necesidad de escandalizar y de aterrar, como si el instante fuera definitivo. Las novelas de las que hacen bombo, carecen de estructura, muchas están mal escritas y acusan torpeza, pero escarban el bajo mundo, narran pormenores de crímenes sexuales, asesinatos macabros, relaciones perversas, venganzas sangrientas entre homosexuales, pasiones encontradas. Y si el autor hace declaraciones aterradoras y trata mal al entrevistador, blasfema de su familia y de su país, escupe a la cara de la dulce abuela que está a su lado, tanto mejor. Lo aclaman, sus libros se venden a granel y su agenda está a reventar de entrevistas para diarios, revistas, programas de televisión y noticieros.

Los jóvenes novelistas caen en la tentación de escribir rápido y publicar a como dé lugar. Si rueda la piedra del escándalo, viven la gloria. Seguramente sus obras no pasarán la dura mano del tiempo, el único juez, pero la fama creada habrá dejado mella.

Tal vez no sea éste el caso; el autor no es joven, pero posa como tal y de igual forma el discurso semeja la inmadurez de un periódico escolar:

*...la imagen de la Realidad sin atemperar su revuelto maremágnum y en tus acápites abstractos das forma y figura a unidades armónicas distanciándote de la marea de las percepciones gestálticas mientras creas una perspectiva abarcadora y una rotunda y contundente claridad de composición crítica, ¡Besadme el culo, Besadme el culo, Besadme el culo!, Tus páginas son una singular rebelión de estados intermedios entre la naturaleza orgánica y el aparato escritural mecánico...*

El oficio de escribir debe ser tomado en serio, muy en serio. En el colegio nos enseñan el abc y a estruc-

turar oraciones. Nadie se jacta de saber tocar el piano si no sabe hacerlo, a cambiar un enchufe o diseñar una estructura sin formación; nadie decide de un momento a otro construir un cohete; sin embargo, la mayoría de la gente, sin ninguna formación ni cercanía con el oficio, decide que escribir es cosa de todos los días y que el resultado siempre va a ser óptimo. Como todos los oficios, la escritura cuesta, no es sólo talento sino tenacidad, aprendimos a juntar las letras pero no a escribir, y pretender ser novelista con un delirio facilista, ensartando frases, oraciones, recortes, y tratando de que ese revoltijo produzca risa y se acerque a un ejercicio de creación serio es realmente ofensivo.

*otros te recordarán como el autor de hermosas baladas traves-tis, Nunca se sabe, Hace un hermoso tiempo de otoño en los trópicos, ni demasiado cálido ni demasiado frío, Ejércitos de minusválidos pululan en los semaforos, Bandadas de armadillos del Brasil y cocodrilos de Angola cruzan el cielo de la ciudad lanzando maldiciones contra los Humanos, Retirarse a la privacidad es un proceso de la más alta significación política*



Toda opinión es subjetiva y toda lectura es diferente, también los tiempos y las corrientes hacen sus creaciones. *O sea*, tal vez sea injusto y ésta sea una obra maestra que pasará al primer renglón de la historia de la literatura, pero hay algunos, entre los que me cuento todavía apegados a la

necesidad de una estructura, a un buen cuento, a un personaje creado con talento, a los buenos narradores. Hay quienes creemos todavía que la literatura debe perdurar en el tiempo, que el talento se ve en la primera página y que el resto es tirar árboles en vano.

JIMENA  
MONTAÑA CUÉLLAR

## Uno excelente para sardinos

### Una cama para tres

Yolanda Reyes

(ilustrador: Ivar Da Coll)

Editorial Alfaguara, Bogotá, 2003,  
30 págs.

A la mayoría de los niños les dan pesadillas. Y generalmente éstas llegan de noche, disfrazadas de diferentes formas. Unas se aparecen como terribles brujas con narices grandes y lunares peludos; otras, prefieren asustar a los niños vestidas de ogros enormes y terribles. Algunos niños cuentan que sus pesadillas son monstruos que no logran parecerse a nada conocido; otros hablan de dragones, de lobos, de fantasmas.

Quizá por eso mismo la literatura ha echado mano de estos seres imaginarios para construir numerosas historias de espantos, duendes, ogros y aparecidos. Sin embargo, hoy por hoy, podemos hacer una distinción que resulta muy beneficiosa para los niños lectores. Unas son las leyendas y cuentos de tradición oral que incorporan estos seres misteriosos y que no fueron creadas necesariamente para los niños. Son ellos quienes, con el correr del tiempo, se han apropiado de éstas, quizá por ese extraño pero delicioso gusto de asustarse y sentir miedo; sobre todo, cuando estamos frente a relatos que comparten esa frontera entre la realidad y la fantasía. Pero los cuentos de miedo de la tradición oral gene-

ralmente asustan demasiado a los niños y niñas más pequeños. Para ellos han surgido las historias creadas por autores e ilustradores modernos, quienes, no solamente personifican las pesadillas de forma cómica y tierna, sino que encuentran diversas formas de familiarizar al niño con estos sueños convertidos en personajes, los cuales, después de todo, no parecen tan terribles; o buscan soluciones para mitigar el miedo incontrolable del niño que se repite noche tras noche.



En esta temprana tradición podemos inscribir el libro *Una cama para tres*, cuyo texto es de Yolanda Reyes y cuyas ilustraciones se deben al pincel de Ivar Da Coll.

En *Una cama para tres*, quien tiene miedo de irse a la cama es Andrés. Este niño, a quien, según la ilustración, podríamos calcularle unos tres o cuatro años, hace todo lo posible por retardar el momento de tener que enfrentarse con la noche él solo. Cuando su mamá lo llama desde la ventana, Andrés se demora en entrar; así mismo, se demora para tomarse la sopa, para lavarse los dientes; se enreda en el pantalón y le pide a la mamá que le cuente cuentos, muchos cuentos, hasta el punto de que la mamá se desespera y termina por contarle ovejas.

El miedo de Andrés está justificado debido a que un dragón verde y amarillo con pepitas moradas se asoma a la ventana, luego entra y se sienta a los pies de la cama. Finalmente el dragón logra meterse en los sueños de Andrés hasta despertarlo.